

¿A DÓNDE VAN LOS TIEMPOS QUE CORREN?

Cita: KIEL, L. Comp. (2019) ¿Adonde van los tiempos que corren? En *Coordenadas de lo posible*. Material sobre Inclusión Escolar I, Diplomatura en Inclusión Escolar con orientación en TES, UNTREF, Buenos Aires

Daniela
Danelinck

¿A dónde van los tiempos que corren? Por Daniela Danelinck¹

Digamos de entrada qué se propone este texto. En una invitación a la filosofía, pero a la filosofía comprendida como verbo, lo que en primer lugar quiere decir: cuestionar lo obvio. En las escuelas sucede muchas veces que la premura por actuar, por cumplir, por resolver, no nos deja tiempo para la reflexión filosófica; actividad que no sólo requiere tiempo sino que exige de nosotros un “*tiempo no apurado*” (como dice la canción de María Elena Walsh, que además de poeta era filósofa). De allí que la invitación en estas páginas sea a *tomarnos un domingo en la vida*, como decía otro gran filósofo, para reflexionar sobre las cosas más obvias, las que de lunes a viernes forman parte de nuestro sentido común escolar.²

Ahora bien, ¿qué cosas son obvias en las escuelas? Que hay urgencia, que falta el tiempo, que las cosas ya no son como eran antes, y, quizás sobre todo, algo que escuchamos repetirse en incontables oportunidades (en boca de directivos, docentes, padres, periodistas, capacitadores, políticos, etc.): que *la escuela se tiene que adaptar a los tiempos que corren*. Es esto último lo que nos va a interesar especialmente: el ideal de adaptación que parece haber impregnado el sentido común.

No es nuestra intención rechazar el cambio. Sabemos perfectamente que la Escuela como institución fue creada en el siglo diecinueve, junto al Hospital, el Orfanato, el Cuartel, etc., para responder a las necesidades de una sociedad que quizás ya no sea la nuestra. Ya en 1990 (¡hace casi treinta años!) el filósofo Gilles Deleuze decía que esas sociedades “eran lo que ya no éramos, lo que dejábamos de ser”. Más recientemente, la filósofa argentina Esther Díaz lo formuló en estos términos: ‘*la Escuela es una institución moderna a la que asisten niñxs posmodernos*’ (Díaz, 2005). Y sin embargo, sin que nada de lo anterior sea falso, nos interesa discutir el ideal de adaptación para las escuelas. ¿O acaso adaptarse es la única manera de cambiar?

¹ Daniela Danelinck es Licenciada y Profesora de Filosofía (UBA). Becaria CONICET. Docente en la Diplomatura en Inclusión Escolar (UNTREF). Miembro de Entreenir.

² “Un domingo en la vida” hace alusión al filósofo alemán G.W.F. Hegel, quien sostuvo en 1830 que: “Sin dudas, el hombre ha de ocuparse necesariamente de lo finito; pero hay una necesidad superior, que es la que el hombre tenga un domingo en la vida, para elevarse sobre los quehaceres de los días ordinarios...” (G.W.F. Hegel, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*)

Después de todo, ¿qué quiere decir adaptar la escuela a los tiempos que corren? ¿Qué tiempos son estos a los que hay que adaptarse? ¿Adaptarse es la única alternativa? Es importante que podamos hacernos estas preguntas porque, como los fantasmas y los monstruos, también los ideales se fortalecen en las sombras; y en la exacta medida en que permanece impensado, el imperativo de adaptación pesa cada vez más sobre los hombros de todos.

¿Adaptarse a los tiempos que corren?

Adaptarse, modernizarse, actualizarse, flexibilizarse; distintos nombres para la misma exigencia que pesa actualmente sobre el conjunto de las instituciones públicas (hospitales, cárceles, juzgados, ministerios), pero también sobre todos nosotros, ciudadanos de a pie. “*Todo cambia todo el tiempo y estamos corriendo detrás de este cambio memorable*”. Así presenta el filósofo francés Alain Badiou la ideología dominante en nuestra época; lo que repiten actualmente los políticos, expertos y hacedores de opinión:

Todos dicen que el mundo está cambiando a una velocidad vertiginosa, y que tenemos que adaptarnos a ese cambio, so pena de caer en la ruina o de terminar muertos (lo que, para ellos, es lo mismo); caso contrario, tal como van las cosas, no seremos más que la sombra de nosotros mismos (Badiou, 2012)

¿No es esta misma ideología del cambio permanente lo que encontramos en las escuelas bajo el ideal de adaptación? ¿La misma voz de mando que pone a todo el mundo a la carrera?: “Todo el mundo se tiene que poner a pedalear: *modernizar, reformar, ¡cambiar!*” (Badiou, 2012). El sentido común repite que la Escuela es demasiado lenta como institución, que es una tortuga, que debería paladear un poco más rápido. Pero antes de repetir la queja, ¿no deberíamos preguntarnos si conviene que la Escuela se lance, también ella, a la carrera enloquecida de la época?

¿A dónde van los tiempos que corren?

Nuestro presente histórico está marcado por la velocidad, de manera tal que cuando logramos comprender algún elemento novedoso de la época, sea un hecho histórico o un

avance tecnológico, podemos estar seguros de que eso ha quedado viejo. Y en un tiempo que corre (y no simplemente transcurre o pasa), adaptarse sólo quiere decir una cosa: ponerse a correr a la par, lanzarse a correr detrás del tiempo que corre. Es un orden que no podemos cumplir, pero tampoco incumplir. Estamos obligados a obedecer (caso contrario corremos el riesgo de convertirnos en las sombras de nosotros mismos), pero no tenemos ninguna esperanza de satisfacer (porque no importa cuán rápido corramos, la época nos saca siempre una cabeza). En este sentido, es cierto que las escuelas parecen fracasar en su ambición de “estar al día”, pero quizás el problema esté en el orden, y no en la ejecución.

¿Qué efectos esperamos ver producirse en las escuelas cuando son los adultos (directivos y docentes) quienes tienen la exigencia de incorporar en todo momento lo último: nuevas teorías, nuevas disciplinas, nuevas resoluciones, nuevas técnicas, nuevos informes, nuevos profesionales, etc., a una velocidad vertiginosa donde el destino de cualquier novedad es quedar vieja enseguida? ¿No se corre el riesgo de consumir capacitaciones y novedades como Telefé novelas turcas: neurodidáctica, educación emocional, enfoque STEAM, TICs, etc.? Quizás convenga detenernos un momento, en el tiempo no apurado de la filosofía, para preguntarnos colectivamente adónde nos conduce tanta prisa...

Cuando repetimos que la escuela se debe adaptar a los tiempos que corren, ¿de qué manera imaginamos esos tiempos, esa sociedad, ese nuevo mundo del que la escuela se debe esforzar por no ser excluida? Quienes tienen el oficio de pensarla (filósofos, sociólogos, etc.) han sugerido los siguientes nombres para la época actual: “capitalismo tardío” o “capitalismo cultural”, “sociedad de control”, “sociedad de consumo”, “sociedad del espectáculo”, “sociedad líquida”, “mundo digital”, “sociedad del posdeber”, entre otros. Pero en esta ensalada de conceptos, ¿a qué elementos o rasgos de la época deberíamos adaptar la escuela? ¿Al mercado? ¿Al espectáculo? ¿Al consumo? ¿Al control?

Si adaptar la escuela quiere decir volverla compatible y hacerla responder a estas necesidades de la época, ¿estamos seguros de comprometer nuestros esfuerzos en la

carrera? Como *Bartleby*, ese famoso personaje del cuento de Melville, también nosotros decimos: “preferiría no hacerlo”.³

Ser contemporánea

Entonces, en lugar del ideal de adaptación, vamos a proponer para la Escuela un ideal de contemporaneidad: la posibilidad de ser contemporánea a sus alumnos, contemporánea a su época. Encontramos esta idea en un bello texto de Giorgio Agamben (¡otro filósofo!) titulado: “¿Qué es ser contemporáneo?”, donde formula lo siguiente:

Pertenece en verdad a su tiempo, es en verdad contemporáneo, aquel que no coincide a la perfección con éste ni se adecua a sus pretensiones, y entonces, en este sentido, es inactual; pero, justamente por esto, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aferrar su tiempo

Esta idea nos permite imaginar otros caminos posibles para la Escuela en la sociedad actual, porque sugiere que ser *inactual*, que ser *anacrónica*, no es necesariamente un déficit. “Quienes coinciden de una manera demasiado plena con la época, quienes concuerdan perfectamente con ella”, continúa Agamben, “no son contemporáneos ya que por esta precisa razón, no consiguen verla”. Desde este punto de vista, que parece subvertir el sentido común, la Escuela tiene una verdadera oportunidad de ser contemporánea, pero únicamente al insistir en la “no-coincidencia” con su propia época.

Insistir en la filosofía

Este texto fue una invitación a la filosofía, a cuestionar lo obvio hasta lograr una “no-coincidencia” con el propio sentido común. Porque *para muestra basta un botón*, en estas páginas hicimos el ejercicio con el ideal de adaptación; pero será necesario reconocer el atolladero en el que nos dejan atrapados otras frases de este estilo, que

³“Bartleby, el escribiente” es un cuento de Herman Melville, escrito en 1856. Narra la historia de un empleado (Bartleby) que un buen día dejó de obedecer, y ante cada nueva orden de su jefe repetía la misma frase: “preferiría no hacerlo”. El cuento fue objeto de un intenso debate entre la crítica y la filosofía contemporánea.

circulan y proliferan en las escuelas como monedas gastadas a las que nadie presta realmente atención.

Sin embargo, no elegimos el ideal de adaptación al azar. Lo elegimos porque el mismo condiciona en gran medida la manera en que acostumbramos a pensar los procesos de inclusión en las escuelas, como problemas que requieren una solución urgente. Quienes trabajan en las escuelas conocen sobradamente la sensación de urgencia por responder a las exigencias de inclusión: no sólo incluir, sino incluir plenamente. El nuevo mandato (¡inclusión plena!) pone a todo el mundo a la carrera, sin tiempo que perder, y convierte el proceso de inclusión de un niño o niña en un problema urgente: algo que debe resolverse mediante una intervención directa, más temprano que tarde, en pos de un ideal.

De esta manera, proliferaron en los últimos años respuestas inmediatas y soluciones express al “problema” de la inclusión, que se ofrecen en las escuelas como tantos otros productos en los tiempos que corren: “listos para su uso” (en cualquier escuela, cualquier grupo, cualquier niño/a). Los artículos que siguen exploran suficientemente la razón del fracaso de este tipo de “soluciones”; pero entre las razones, no es menor, quisimos introducir en primer lugar la ausencia de un tiempo-no-apurado para hacer cualquier pregunta filosófica. Después de todo, ¿cuán plena (llena, total, saturada, completa) puede ser una inclusión escolar?

Referencias bibliográficas:

Agamben, Giorgio (2011), “¿Qué es ser contemporáneo?”, en *La desnudez*. Barcelona: Anagrama

Badiou, Alain (2012), *El despertar de la Historia*. Buenos Aires: Nueva Visión

Díaz, Esther (2005), *Posmodernidad*. Buenos Aires: Biblos

Gilles Deleuze (1990), “Posdata sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones (1972-1990)*. Valencia: Pre-textos

Melville, Herman (1853), *Bartleby, el escribiente*. Madrid: Nórdica. 2013

Cita: KIEL, L. Comp. (2019) ¿A dónde van los tiempos que corren? En *Coordenadas de lo posible*. Material sobre Inclusión Escolar I, Diplomatura en Inclusión Escolar con orientación en TES, UNTREF, Buenos Aires